

Don Bosco, animador de los juegos

Don Bosco no quería ver a los estudiantes ocupados en juegos que exigieran demasiada atención mental y prohibía que se colocaran en los patios bancos para sentarse. No consentía los juegos de naipes, damas, dominó y ajedrez, porque: -La mente necesita descansar, decía.

Como sabio educador los prevenía, invitándolos a juegos que ejercitaban sus fuerzas físicas. Y él mismo se asociaba a sus diversiones y a veces los desafiaba a una carrera. Otras veces invitaba a todos a jugar al marro y hacía que le colocaran la suerte en uno de los bandos cuando veía en el otro a un determinado jugador, que llevaba tiempo con una conducta dudosa y se industriaba por estar alejado de él y así no ser amonestado. Empezaba el juego, y cuando estaba encarrilado y era máxima la confusión de los jugadores, Don Bosco, puestos sus ojos en la presa, salía a tiempo de su trinchera y, esquivando todo obstáculo, la agarraba, mientras todos gritaban: ¡Preso, preso! Y entonces le decía don Bosco bromeando una de aquellas palabras que le ganaban los corazones.

Si no se sentía con fuerzas para este juego, colocaba a los muchachos en fila de dos en dos, se ponía él a la cabeza del batallón, abría después la marcha y ¡adelante! Entonaba el estribillo piemontés: Un, doi, polenta e coi (uno, dos, polenta y repollos); los chicos lo repetían cientos de veces, marchando a paso acompasado, batiendo palmas y golpeando el suelo bajo los pórticos con tanto ruido como para hacer temblar la tierra. Salían al patio, volvían a entrar bajo las arcadas; giraban a la derecha, a la izquierda; subían las escaleras por un lado, pasaban por un corredor, bajaban por otra escalera.



Y siempre batiendo palmas y levantando la voz, de acuerdo con el ejemplo que Don Bosco les daba.

Por fin, cansados pero alegres, oían con pesar el sonido de la campanilla que los llamaba a sus deberes. Este paseo hacía el papel de una ronda de inspección. Muchísimas veces, particularmente el curso de 1859-1860, alineaba don Bosco a centenares de muchachos en mitad del patio en fila india; se ponía él a la cabeza y después de decir: -Siempre detrás de mí; hay que poner el pie sobre la huella del que va delante-, abría la marcha batiendo palmas a compás, imitado por los que le seguían. Y ahora giraba a la derecha, luego a la izquierda, o marchaba en línea recta, trazaba una oblicua y, al cambiar de dirección, formaba un ángulo agudo, un ángulo recto

o una circunferencia. De repente decía. ¡Alto! Y los muchachos, que le había seguido en todos aquellos rodeos caprichosos, quedaban colocados, uno junto a otro, en grupos extraños cuyo significado no hubiera podido explicar un observador.

Pero otros muchachos, que comprendían la intención de Don Bosco con aquellos movimientos, subían a la galería, veían cómo cada grupo formaba una letra de enorme tamaño y leían claramente las palabras: VIVA PIO NONO. Como no era prudente por aquellos años lanzar este grito, ya que el Papa era amenazado y atacado, él lo escribía con las cabezas de sus chicos. Otras veces formaba un VIVA MARIA, o bien un VIVA SAN LUIS.

Memorias Biográficas 6, 306/307